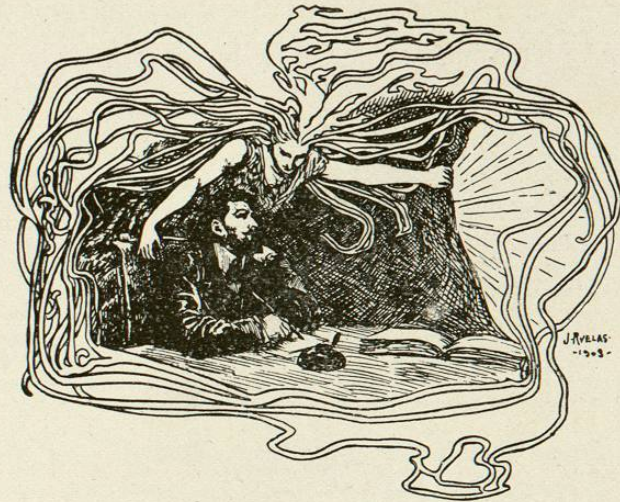


POEMA ROTO



POEMA ROTO

A BALBINO DÁVALOS.

ECOS

I

¡Oh Musa, yo te impetro! . . .
Coronando de mirtos y laureles
La jonia lira que pulsara Apolo
y pone olvido al cetro;

tú que los hombres á la gloria impeles,
lleva mi voz del Ecuador al Polo
al grato ritmo del rotundo metro.
Que sean en su vuelo mis estrofas
los áureos orbes del enorme espacio,
el himno epitalámico del alma
del Universo en el azul palacio.
Naturaleza madre, que apostrofas
con tu impasible calma
al espíritu humano, raro fruto
de tu secreta actividad, revela
tu misterio al poeta, sin recelos;
si eso es hacerle dios, ese tributo
tu hijo mereció; su carabela,
alentado por todos los anhelos,
lanzó en medio de todos los azares;
y no tiembla en los tumbos de los mares,
ni teme ante las sombras de los cielos.

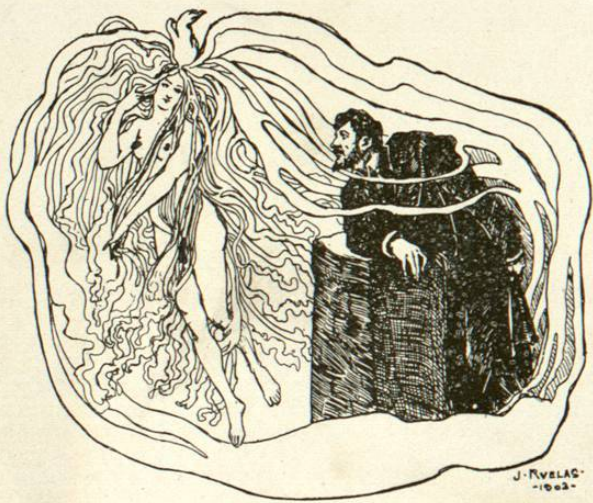
El momento llegó. Trueca el soldado
en instrumento de trabajo probo
el fraticida acero ensangrentado;

y ya no va, como el astuto lobo,
sobre la mansa oveja, carnicero.
Cubre la mies el llano y el otero.
Realizó la humanidad. Apaga
los fuegos fatuos, pues, conque alumbraste
el cementerio gótico, y sus bardos
amasa en tus entrañas para limo
que aún más fértil á la tierra haga.

Coronado de ensueños y de cardos,



el hombre obtuvo al fin el fruto opimo;
y en alas de la Santa Poesía,
que de la Ciencia lleva el áureo coche,
haz que surquemos de una vez la noche
y surja para siempre el claro día!



II

Oh Musa! la de largos y sedosos cabellos,
que en estuche de oro, al envolverte en ellos,

de tus desnudas carnes la palidez extraña
ocultas á mis ojos, que la ternura baña
con lágrimas que ruedan como gotas de fuego,
hasta mis labios lívidos, tremantes por el ruego.

Oh Musa! la de azules pupilas de oleaje
inmenso y turbulento bajo el obscuro encaje
de las pestañas rizas de parpadeo de astro,
la de blancura pura, blancura de alabastro.
Entre los arcos rojos de tu irónica boca,
la ansiedad de fundirme en tu sé me provoca;
en hamaca prendida de invisibles estrellas
ruedas en el espacio y como ruedan ellas;
los perfumes que exhalas son perfumes ignotos
de flores calcinadas en los tibores rotos. . . .
Oh Musa! la de largos y sedosos cabellos,
un rayo dame sólo de tus raros destellos;
de mi carne y mis huesos, en proficuo incensario,
haz mirra que perfume tu silente santuario;
con tu aliento enervante embriagarme quisiera,
Oh Musa! Oh Todo! Oh Nada! Oh sublime Quimera!

No hay flores en el valle, ni en los árboles broto;
ceñida la cabeza de crisantema y loto,
del Nirvana haz que encuentre los escondidos sellos,
Oh Musa! la de largos y sedosos cabellos.



LA VOZ DE ÉL.

I

¡Lánguido sueño de placer, que tiendes
sobre mi frente tus temblantes alas!
¡Cándida imagen que en mi pecho enciendes
fuego de amor con tus virgíneas galas!

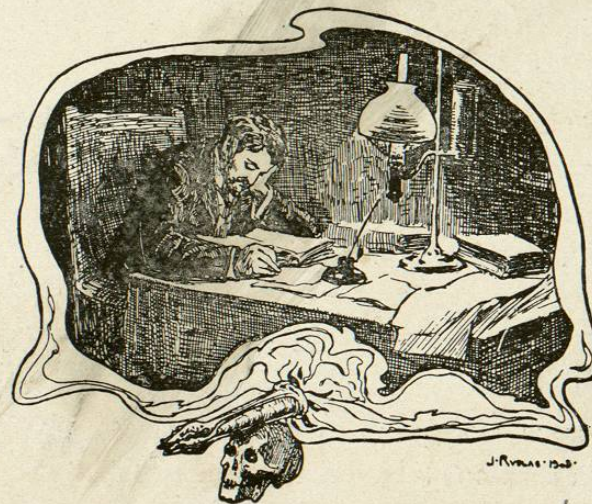
¡Acércate! Mi boca
vibra al impulso de ardorosos besos
y ni el extremo de tus alas toca!
¡No te alejes! ¡Acércate! Infinita
ansia de amor al corazón aqueja.
¡Ven! y en el pecho que por ti palpita,
un solo rayo de esperanza deja!
Yo he soñado contigo en las calladas
horas de amor, bajo el nocturno velo,
y he visto tus eróticas miradas
ofuscar las estrellas en el cielo.
Yo he sentido tu aliento perfumado
exhalarse en el cáliz de las flores;
y en alas de la brisa trasportado,
ir por el aire murmurando amores.
Nacer, mecida por las dulces frondas,
te he visto en la laguna,
rizando apenas las risueñas ondas
que al levantar tu vuelo te cantaban;
y á tus pies encorvándose la luna,
ir besando tus huellas,
en tanto que tu frente coronaban,

pálidas las estrellas.
Te he seguido en la tierra sonriente
tendiéndome los brazos: parecía
que de amores la llama refulgente,
como en mi pecho, en tu mirada ardía.
Cerca, muy cerca ya de ti, mi mano
iba á tocar tu blanca vestidura,
iba á palpar la morbidez pagana,
incomparable y pura,
de tus plásticas formas. . . . Soberano
placer el alma me embargaba, apenas
mi ardiente sangre contener podían
sin estallar, mis abrasadas venas.
¡Besar tus labios! ¡Respirar tu aliento!
Sentir el pensamiento
huir, arrebatado en el torrente
que crece y se dilata
del más bello y profundo sentimiento!
¡Sentirse libre de los férreos lazos
que el huracán de la pasión desata!
¡Trémulo ver el porvenir delante,
que de rodillas con placer ofrece

el cáliz de la dicha palpitante...!
¡Vivir en un instante
toda una larga vida;
y luego, en honda y destructora calma,
aniquilarse el alma,



ella misma en cenizas convertida!
¡Vana ilusión! ¡Irrealizable anhelo!
Cuando á tocarte voy, alzando el vuelo,
vas á perderte en el sidéreo coro;
y es ¡ay! del Ether, impalpable, el velo,
sepulcro azul de mis ensueños de oro.



II

«Lo incognoscible,» dijo (y en sus manos
dejó caer la testa pensativa. . . .

De codos en la mesa del Estudio,
después de larga noche de vigilia,
quedó inmóvil. . . . la luz jugueteaba
en los cristales del balcón). «Un día
más en el mar del tiempo, un día triste,
¿y qué logrado? Nada. De la vida
el objeto se escapa. . . . pero hay siempre
un ideal sobre las almas limpias.

La Verdad y el Amor! Qué par de alas
para volar, sin tregua ni medida,
por el espacio abierto al pensamiento,
que la Ciencia con ánimo cultiva!

¡Amar! ¡Pensar! La esfera de la Ciencia,
si el desaliento acaso nos limita,
crece con el trabajo y la esperanza;
la recompensa vale la fatiga.

Este libro. . . . ¡Qué espléndido resumen
de la nueva y genial sabiduría!
Cristo es la luz y el pan. Sócrates pudo

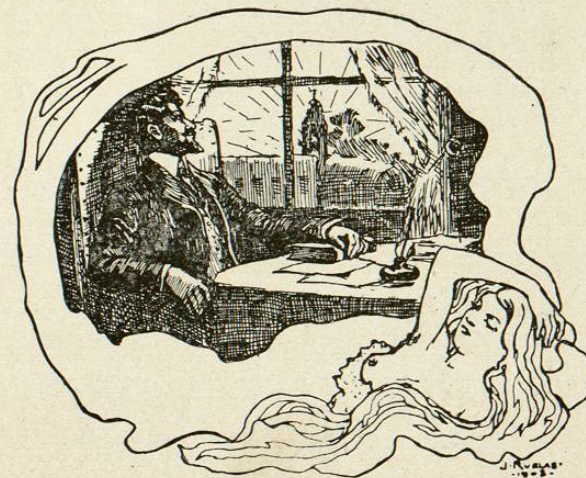
revivir de su polvo en una oliva
que corona un guerrero ó un poeta,
ó algún dios. . . . ó quizás una hetaira. .
¡Qué gran laboratorio la Natura!
¡Qué hondó manantial de aguas vivas!
De aquel polvo que Graco tiró al cielo
nació Mario. ¡Qué símbolos! ¿Y Sila
de qué cieno nació? . . . Newton de Bacon;
Bacon de Vives! ¡Vives! ¡qué porfía!
Avicena, Aristóteles. . . . los libros
penetran en mi alma que delira
como los rayos X por la carne,
mostrando el plomo en la profunda herida.
Shopenhauer me asedia, mas no puedo
y jamás podré ser un pesimista.
Si el bestia pitekántropo —mi origen—
un hombre llegó á ser, ¿por qué mi vida
no habrá de producir al fin del tiempo
un ángel arquetipo de familia?
Digo un sér superior que vuela y tenga
diez sentidos ó veinte, doble vista
que dicen hoy. . . . en fin, un sér supremo!

¡La escala es ascendente; roca viva,
planta, animal irracional; y en breve,
hombre, es decir, un dios que pese y mida
los astros en sus órbitas extrañas,
y el secreto estelar de esa armonía
les revele á los pósteros felices. . . .
¿Y el amor? ¡Qué aliciente! Qué tranquila
duplicidad del Yo, cuando es sincero,
y cuando no lo es, oh, qué ironía!
La Verdad y el Amor, ese es mi mote,
esa será mi única divisa. . . .

Y ella me ama como yo la amo,
tierno capullo de una flor divina
se abre sólo á mi aliento y lo perfuma
como un jazmín que acarició la brisa.
Soy feliz. Sé mirar el Universo
y recoger de amor la rosa mística.
No lo hizo tan mal Dios, si Dios existe. . . .

Y se quedó perplejo, como en fría
actitud de sonámbulo en un puente

que en lo real y en lo ideal estriba,
levantando su joven testa bruna
en el creciente resplandor del día.





ESCENA

Un rumor de hojas besadas por las brisas adormidas,
melancólico y suave....

Un rumor que se entumece vagamente entre las frondas
como un frú frú de sedas en las largas avenidas,
donde suena el pío del ave
que ha ocultado la cabeza bajo el ala. . . . y en las ondas
indecisas de la atmósfera, el fulgor de un plenilunio
que en la tierra aletargada su albo polvo cierne y llueve....
En el alma temor leve,
ó fugaz presentimiento de algún próximo infortunio.

Un rumor de hoja seca estrujada en el sendero
por furtivo paso grave
de una sombra. . . . la de un árbol que á la luna cabecea
como insomne sobre el nido palpitante de un alero.
Un rumor. . . . el de una llave
que se tuerce sordamente. . . . el relente que gotea
humedad en la hojarasca, ó el chirrido de algún grillo
que su trova deja trunca, sin final en la espesura. . . .
Un rumor. . . . la cerradura
que rechina en el misterio.... Vuelve el grillo á su estribillo.

Un rumor. . . . de voces rotas y suspiros apagados;
el favonio que despierta,